

Leopoldo Lugones

## Los burritos <sup>(1)</sup>



UNQUE esto pase por natural rutina,  
Diré que los burritos de mi cuento,  
Son hijos de madama Pollina  
Y de maese Jumento.

Que el lector menosprecie  
Mi estrictez genealógica, no me acobarda.  
Tengo interés en diferenciar tal especie,  
Del noble caballo y la mula bastarda.

Desde que Jesús, a guisa de hacanea,  
Tomó la borrica hebrea,  
Según cuenta Mateo en su historia sucinta,  
Es ésa una respetable ralea;  
Pues como aquella bíblica abuela estaba encinta,  
Debe atribuirse a los asombros  
De un estado tan sensible  
El signo elemental y terrible  
Que su familia lleva también en los hombros.  
Y, ciertamente, un blasón como aquél,  
No lo tiene el gallardo corcel.

---

(1) Como un homenaje en la trágica muerte del poeta, publicamos este hermoso poema en el que Lugones alcanza una plena y sobria belleza de expresión.

Además, su fina cabeza  
Comporta un distinguido atributo.  
Tienen el jarrete enjuto,  
Y su pequeño pie es signo de nobleza.

Mézclase a lo zurdo de su malicia aldeana,  
Una mimosa simpatía de niño;  
Y poseen este cariño  
De la vida animal: la lana.  
En sus hirsutas frentes que nada alegra,  
Y en su cara picarescamente roma,  
Se contradice una perpetua broma  
Con un servil tormento como en la raza negra.  
Junto a la burra laboriosa y prudente  
Como una buena mujer, sus comitivas  
Toman un trotecillo de nene obediente,  
Acompañado por orejas alternativas.

Orejas como diéresis de oblicuos tildes,  
Que abren al rebuzno vocales más rudas,  
O recogen azul de cielo como agudas  
Ojivas, para aquellos cerebros humildes.  
Corónalas el tábano con candente adherencia,  
Como un ascua en la punta de un habano,  
Y saben dar palmadas como una mano,  
Y son los cubiletes de la paciencia.  
Cuando de sueño caen desgajadas,  
En su cavidad duerme el murmullo  
Como una crisálida en su capullo.

La música y la lógica tiénelas por almohadas.  
Solemnízanse en mitras o en faluchos;  
Y los burritos,  
Se hacen con ellas muy bonitos  
Cucuruchos.  
O entre sueños esbozan signos  
En dirección de quiméricos pesebres;  
O las derriban, malignos,  
Una hacia atrás y otra hacia adelante, como liebres.  
Su bello en escolásticos bostezos ya se arruga.  
Vagamente huelen a orégano y lechuga.

Usan con pulcritud discreta,  
Cual si economizaran un modesto salario,  
Sus trajecitos de picote ordinario,  
Y sus botincitos de vaqueta.  
Para preservarlos de infaustos azares,  
Frecuentan cuidadosos los abrevaderos;  
No los meten al barro como los terneros  
Que tienen cuatro pares.  
Gastan hebra por hebra  
El fleco de su crin mísera y dura;  
Ignoran el intrépido timbre de la herradura,  
Y usan las medias viejas de la cebra.

En todos los países,  
Los más apreciados son los asnillos grises.  
Hay algunos rojizos como el orín;  
Otros negros y crespos como el hollín;

Otros blancos, y a éstos  
Los prefieren para las vacaciones;  
Del trato con los niños adquieren locos gestos,  
Y vuélvense sumamente bribones.  
Espantan retozando a las bobas  
De las ovejas;  
Aborrecen a las viejas  
Y roen sus escobas.  
En medio de sus patios hacen pis,  
Y meten al azúcar sus dientes de miss.

Mas, con qué suave disciplina  
Aceptan al flébil mellizo  
Que les imponen en el chico enfermizo,  
Agotando la leche de mamá Pollina.  
El morral brutalmente postizo,  
Quítales su precaria golosina;  
Y conformes como una criatura sola,  
Que empieza a comprender la vida,  
Descansan con una pata encogida,  
Moviendo automáticamente la cola.

Por las claras noches, bajo la influencia  
Del plenilunio, ambulan con los gansos,  
Que pasean en crisis de lunar demencia,  
La estólida unanimidad de su opulencia.  
Así es como silenciosos y mansos,  
Sorprenden las citas

De las novias aldeanas  
O los grupos de pequeñas Juanas  
Que juegan a las mamitas.  
Estudian las fuentes secas;  
Contemplan la luna con extático estrabismo:  
Quizá esto es un vago paganismo,  
Con difusos recuerdos de Tebaidas y Mecas.  
Escuchan divertidos la copla del gaucho,  
Que en ronca guitarra llora su desvelo,  
Mientras su hociquillo de caucho  
Tantea minuciosamente el suelo,  
Con una clara  
Expresión de suaves dudas,  
Como si repasara  
Pequeñas sílabas mudas.  
Fugaz instante de sosiego,  
Que los muchachos trastornan muy luego.

Asústalos de pronto, imitando el relincho  
De algún celoso potro en son de ataque;  
Y el más badulaque  
Monta al más alegre, clavándole un pincho  
Bajo la cola que se agita y desfloca  
Como un cordón de campanilla loca:  
Símil evidente  
De la gozosa charla.  
(Pero no hay que tirarla,  
Porque puede sonar desagradablemente).

Sobre la arena de frescura acuática,  
Entre risas, palmoteos y coces,  
Inician su doma absurda y acrobática  
A la luz de la luna los jinetes precoces.  
No queda sin desfondarse un calzón,  
Ni chico que no fructifique un chichón.

El pequeño pollino,  
Afronta con pasmoso coraje la zumba,  
Y después de cada corcovo en que los tumba,  
Sacude sus orejas como aspas de molino.  
Hasta que, al cabo,  
Suéltanlo echando chispas, tras cuatro moquetes,  
Con un puñado de cohetes  
Y una lata en el rabo.  
Así es como conquista  
Sus primeros principios de moral pesimista.

La frescura del amanecer agreste,  
Entra por sus narices con sutil delicia,  
Y sienten sobre el lomo la paz celeste  
Como una impersonal caricia,  
Que les da entre vagas ideas afectuosas  
La sensación de ser con todas las cosas.

Con los etéreos tornasoles  
Del poético rocío  
Que condensan las telarañas y las coles,  
En el huerto aun ligeramente umbrío,

El alba tiende sus cristalinas  
Bambalinas.  
Inútil es que el olfato vibre  
Hacia aquella hortaliza de coloridas fajas;  
Pero el dulce verdor del campo libre,  
Da calidad de trébol a pencas y borrajas.

Hacia comarcas más salvajes  
Cruza un ave por el cielo,  
Con el espacioso vuelo  
De los largos viajes.  
Pasan, iniciando pequeños trotes,  
Soñolientos perros de orejas gachas;  
Y tras ellos van matinales muchachas,  
Lóbregas aun las crenchas y lacios los escotes.

Sobre el verde paño  
Del collado frontero,  
Descifra un invisible sendero  
El tortuoso letrero de un rebaño.  
Supón que esta imagen oportuna,  
¡Oh, lector!, en la mente de los burritos flota,  
Pues no es difícil que tengan alguna  
Idea de la imprenta, aunque remota.

Ellos son, en efecto, la cabalgadura  
En que van a la escuela del distrito  
Los pequeños labriegos cuya vida es tan dura,  
Que aquel viaje «obligatorio y gratuito»,

Nunca se desdeña  
Para llevar un queso o un casal de pavos,  
Y ordinariamente dos haces de leña  
Que valen diez centavos.  
Aquella mísera vida paralela  
En que unos y otros abrevian su infancia,  
Les impone con su perseverancia  
Un apego de triste parentela.  
Y por esta circunstancia  
Aprenden los burritos a saber qué es la escuela.  
Ciertamente da lástima ver tanto chico,  
Bajo el azote de las crudas brisas  
Los unos tiritando en sus burdas camisas,  
Los otros con un rudo torzal en el hocico.

En las cristalinas auroras de escarcha  
Que el fisco impone a los tiernos palurdos,  
El ritmo tetrasílabo de la marcha  
Sugiere cantos silvestres y absurdos.

Una especie de lamento  
Sin palabras, acentúa  
Como un son de arrullo y viento:  
Ca - ú - uía, ca - ú - uía,  
Ua - úa, ca - ú - uía...  
Plañidero rudimento  
Con que el bosque conceptúa  
Su palabra de Elemento.

La trompa en que el pequeño jinete borda,  
 Quimeras entre dientes, cual sonoro respunte,  
 Con su aguja monótona y sorda  
 Escande asimismo, la copla transeúnte:

Ca - ú - uía, ca - ú - uía  
 Ca - u - uía  
 úa - úa...

Pero el repaso  
 Del deber escolar, lento y agudo,  
 Ha enseñado otro paso  
 Al pequeño discípulo orejudo,  
 Que vuelve más blando  
 Su habitual meneo,  
 Y aconsonantando  
 Con el deletreo,  
 En clásico arrobo  
 Su anímula embebe:  
 B - a - ba, b - e - be,  
 B - i - bi, b - o - bo....

Luego, en algún lance inquieto  
 De la gárrula pandilla,  
 Se ha comido en secreto  
 Más de una cartilla;  
 De donde resulta  
 Que tiene en el caletre,  
 A pesar de su facha inculta,  
 Más ideas que el mulo petimetre.

En tanto el sol que los campos remoza,  
Dilatándose por la pradera,  
Enciende como una pálida hoguera  
El bálago de la choza.  
Su vibración de oro,  
Despertando montañas y pensiles,  
Parece gloriarse con un eco sonoro,  
En el dorado canto de los gallos gentiles.  
Bien pronto el humo que se desparrama  
Desde la chimenea en rizos regulares  
Anuncia que, adentro, la doméstica llama,  
Responde a las brillantes clarinadas solares.  
Abandona la sombra el nido obscuro  
Del alero de paja,  
Y como el agua de un estanque baja  
Por el rústico muro.

Rebuznan en el prado los garañones,  
Apuntando hacia los jacos eunucos,  
Sus pares de orejas como trabucos  
De dos cañones.  
Temblorosa de deseo  
Y de terror al bozal y a la cincha,  
Alguna yegua adúltera relincha  
Desde la dehesa rival su devaneo.  
Mas en ese instante cruza un birlocho  
Por el carril de arena sonora,  
Al miserable trote de un jamelgo chocho;  
Y ante tal espectáculo, la hembra avisora,

Con sobresaltos ariscos  
Pone su libertad a buen recaudo  
Tendiendo su galope más raudo  
Por las lomas y campos, por rampas y riscos.

Tal los buenos asnillos, al trabajoso gusto  
De su sobria merienda de cardos,  
Ven el fresco mundo con sus ojos pardos  
En una suave resignación de sino injusto.

El mediodía estival  
Que exalta su magnífico fuego, sin un rumor,  
Se paraliza en el vibrante calor,  
Macizo como un bloque de cristal.  
Con fragancias favoritas,  
La loma tiende al bondadoso animal  
El puñado de margaritas  
De su verde delantal.  
Pero al goloso empeño,  
Se opone con dulzura fatal  
La muelle madurez del sueño;  
Y después hay por medio un manantial...  
Mejor es, en delectación estable,  
Evitar mojaduras y catarros,  
Viendo de lejos como sobre la innumerable  
Dentadura de guijarros,  
Para la risa del agua inquieta;  
En tanto que a través de la fronda,

Cada pliegue de la onda  
Brilla como una aleta.  
Así gozan sin excesos  
En fantasías beatas  
El ensueño solar que salpican los sesos  
De margaritas escarlatas.

Una pálida fiebre palpita en los campos;  
Tuesta en oro la chacra sus futuras fanegas;  
Los vidrios de la basura estallan en lampos;  
Y las chisporroteantes langostas veraniegas,  
Parece que se fríen de amor sobre las matas,  
Al reclamo agridulce que zumban sus patas  
Como los vibradores de las trompas labriegas.  
Ruedan los nubarrones pintorescos,  
Balumbas de cándidos bombasíes;  
Y sobre los collados frescos,  
Pasan sus sombras turquíes  
Como pavos reales gigantescos.

He ahí una ocasión para que un lomo escuálido,  
Se revuelque a gusto sobre un mundo tan cálido.

Mientras en su trinchera de hoyos nuevos,  
La gallina echa una plasta,  
Se desvencija como una canasta  
(Naturalmente, de huevos)  
Imitan ellos dulzuras tan gratas  
Echando al aire sus cuatro patas.

Perdiendo a uno y a otro lado el aplomo,  
Disfrutan su gimnasia a pierna suelta.  
La gracia está en darse vuelta  
Enteramente sobre el lomo.  
Una loca alegría los colma; y entre  
El dorado polvo alrededor disperso,  
Miran en un ligero vahido el cielo inverso,  
Cual si por un instante sus patas y su vientre,  
Fueran un abierto baúl  
Lleno de bello azul.

En tanto la tarde, balada por los chotos  
Como una égloga de asonantes vagos,  
Tiende en las cañadas y los sotos  
Grandes sombras, frescas como lagos.  
Borbota el turbio borbollón de la acequia;  
En tierno verde suavízase la loma;  
Y el prado graciosamente obsequia  
Un florido aroma  
De cálidos tréboles, que el sol  
Destiló cual sublime alcohol.  
Entonces, hacia la frescura quieta  
Gimen los asnillos en bronco hiato  
Su rebuzno, a guisa de rústica retreta,  
Con bronquiales asfixias de silbato  
Y profundos sollozos de trompeta.

Avanzan luego hacia la hortaliza  
Que el perro casero guarda

Con recelosa ojeriza,  
En apostura insolente y gallarda;  
Mas con súbito desprecio,  
En las mismas narices de aquel necio,  
Vuélvense lentamente, olfateando la vía,  
Y dejando caer con simetría  
Sus galletas de estiércol verde,  
Porque ya tienen la filosofía  
De que perro que ladra no muerde.

Pasa una hora, y con noble reposo,  
Tras la baranda de oro del confín,  
Abre el sol su abanico hermoso  
En una despedida de mandarín.

La tarde, con rosadas tintas  
De idílica pastora, conduce sus corderas;  
Reflejan las alfalfas aromas indistintas;  
Y el cielo se inflama en claridades postreras,  
Suspenso como un ángel tras las oscuras quintas.

Los asnillos sienten en ello un sabor  
De leche cándida y de rosal en flor;  
Si bien la melancólica certeza  
Del deseo imposible, les da alguna tristeza.

Con despreocupación que nada asombra,  
Van a rondar la caballeriza oscura,  
Donde el ojo del potro, en su vivaz negrura  
Parece el cristalino núcleo de la sombra.

El forraje exhala con tentación certera,  
Su perfume cereal entre orines salobres;  
Y ellos van y vienen como chicos pobres  
Ante una panadería de primera.

Hasta que, cuando advierten, en calma taciturna,  
Que la rana del Angelus ya acabó su poema,  
Y en el comedor claro brilla, como la yema  
En el huevo, la lámpara nocturna:  
Haciendo irónico derroche  
De su bohemia de borricos,  
Meten los hocicos  
A falta de morral, en la negra noche.  
Y echando al viento en líricas querellas  
Los sinsabores del brezo y de la cáctea,  
Van a espigar estrellas  
En la Vía Láctea.  
De eso les queda blanquecina  
La extremidad del morro.

Y tal es el cuento,  
De los hijos de madama Pollina  
Y de maese Jumento.